

# SIGNIFICADO FILOSOFICO DE BERTRAND RUSSELL

Ismael Quiles

Cuando en noviembre del año pasado se anunció que se había concedido el Premio Nóbel de filosofía a Bertrand Russell se decía, en los considerandos, habersele concedido tan excepcional distinción "en reconocimiento de su significativa y múltiple actividad de escritor, con la cual había figurado constantemente como un defensor de la humanidad y de la libertad de pensamiento". Esta calificación de la producción literario-filosófica de Russell es, sin duda ninguna, expresiva, pero nos parece que solamente refleja un aspecto de la personalidad múltiple y compleja de este famoso escritor. Por lo que se refiere a la libertad de pensamiento, tal vez no se pueda poner ningún reparo a la fórmula empleada por los jueces que otorgaron el premio de filosofía a Bertrand Russell. Pero respecto al primer calificativo, de "defensor de la humanidad", tropezamos sinceramente con algunas dificultades. Cuando nos hacemos esta pregunta: el saldo de la filosofía y de toda la actividad literaria de Bertrand Russell ¿es favorable o desfavorable para la humanidad? no podemos menos de permanecer perplejos, y aun pesimistas. Hemos analizado más de una vez la estructura íntima del pensamiento de Russell, y una inquietud inevitable nos ha quedado siempre, acerca del valor positivo de sus aportes a la filosofía y a una concepción del hombre. Como quiera que la autoridad de Bertrand Russell, reforzada ahora con este Premio Nóbel, ha rebasado probablemente más que la de ningún otro filósofo inglés los límites de su patria, será de interés detenernos un momento a estudiar su personalidad y su obra.

## I. *La personalidad*

Bertrand A. W. Russell, nacido en 1873, lleva más de medio siglo de vida fecunda y multiforme de escritor, especialmente en el campo de la ciencia y de la filosofía. Sus primeras obras son de fines del siglo pasado. Consagrado desde que juntamente con Whitehead publicó sus famosos *Principia Mathematica* (1910-13) ha seguido después cultivando a la vez

los más altos problemas de las matemáticas, la física y la filosofía. Pero ha estado en contacto y lucha inmediata con la vida humana, interesándose en polémicas y estudios sobre religión, política, educación y sociología.

Un autorizadísimo crítico, Rudolf Metz, investigador alemán que ha escrito el estudio de conjunto más serio sobre la filosofía inglesa en los últimos cien años, describe así a nuestro personaje: "Es el tipo de literato cosmopolita y periodista. Tiene un don literario privilegiado; facilidad de palabra y de pluma; especial placer y necesidad de producir; receptividad ilimitada; siempre listo para escuchar lo que dicen los otros y para cambiar; versátil e infatigable, lleno de nerviosa actividad. Es uno de los espíritus más libres de Inglaterra en el día de hoy, enteramente poseído por sus convicciones, libre de compromisos y fanático hasta el extremo del propio sacrificio; valiente y abierto hasta la ofensiva; libre de todo respeto a la autoridad y al dogma; lleno de contradicciones y enigmas; profundo y superficial al mismo tiempo; extraordinariamente sincero en sus convicciones, pero a la vez insincero consigo mismo un luchador con sitio seguro en el campo de batalla y habilidoso para toda suerte de defensa y ataque... le gusta la paradoja y la sensación, y producirá este efecto a cualquier costo. Es difícil tomarlo siempre en serio, y hay que dudar de si él mismo cree todo lo que dice"... (Cf. *A hundred years of British philosophy*. London-New York, 1938, p. 558-9).

Aunque esta descripción parezca paradójica, y a veces hasta contradictoria, basta recorrer las obras de Russell, y su misma biografía, para comprobar su exactitud. Digamos tan sólo que junto a las obras de carácter técnico y filosófico, se alinean otras como *Ensayos escépticos*, *El matrimonio y la moral*, *La conquista de la felicidad*, en que ha enfrentado a la sociedad sin temor al escándalo. Durante la primera guerra mundial fué encarcelado por pacifista, y luego hubo de ser destituido de su cargo de profesor en City College porque enseñaba "doctrinas inmorales y lascivas". Defendió la liberación o mitigación del vínculo matrimonial, como una mayor contribución a la felicidad humana, y él mismo se divorció tres veces. En fin, no puede uno menos de quedar desorientado ante una figura que por una parte alcanza la máxima autoridad científica y literaria, y por otra presenta rasgos tan paradójicos.

## II. La doctrina

La reduciremos a cuatro temas fundamentales tratados por Russell, para poder caracterizarlos sucintamente.

1) *Teoría del conocimiento*: Russell se ha vinculado desde un

principio a la actitud realista de un grupo de filósofos y científicos, que tanto en Alemania como en Inglaterra reaccionaron a la vez contra el idealismo y contra el positivismo, en lo cual hay un mérito que debemos reconocer. Los objetos no son para Russell una creación de nuestra facultad cognoscitiva, sino que existen independientes de ella. En la teoría de la verdad Russell viene a coincidir también, tras varias disquisiciones y con diferentes fórmulas, con la doctrina clásica de la conformidad del conocimiento con el objeto. Teniendo en cuenta que tanto Russell como el filósofo alemán Husserl llegaron a la filosofía desde las matemáticas y con la necesidad de precisión lógica propia de estas ciencias, comprenderemos la importancia que sobre todo en las primeras obras de Russell alcanzó el estudio de la lógica matemática. Tanto en su obra fundamental en colaboración con Whitehead, como en la obra de divulgación *Introducción a la filosofía matemática*, y en la publicada posteriormente *Estudios sobre la significación de la verdad*, tiene análisis de sumo interés y valor. A veces o con frecuencia se pierde en minuciosos análisis que más bien parecen fuegos artificiales. Y también el sofisma suele esconderse en el proceso de su investigación. La *Introducción a la filosofía matemática* contiene no pocos de estos casos.

2) *El método*: Pero tal vez lo que más ha influido de su lógica en su filosofía es el método científico. Por influencia, aunque sea inconsciente, del positivismo inglés y de su espíritu de precisión matemática, Russell quiere aplicar a la filosofía el método científico, es decir, sujeto a la experiencia inmediata y controlado por ella. Creemos que ésta es la fuente de sus principales deficiencias en metafísica.

3) *El "realismo neutro"*: Efectivamente, una de sus ideas fundamentales, en física, en psicología y en metafísica, es la de negar fundamentalmente la distinción entre materia y espíritu. Aunque inclinado al materialismo, su opinión definitiva es que las leyes físicas y las psicológicas no difieren sustancialmente, sino que se refieren a un elemento neutro anterior, y común a ambas. La filosofía y la metafísica deben reducirse a la investigación de estas leyes primigenias, y con ello caerán todas las entidades metafísicas y ficciones sin garantía de un mundo suprasensible.

Esta afirmación, que es la conclusión de su obra *El análisis de la mente*, y que coincide con lo que sostiene en *Compendio de filosofía* y en *Nuestro conocimiento del mundo externo*, nos da la verdadera concepción que Russell tiene del hombre. Para él toda la actividad humana se reduce a los fenómenos físicamente observables: ondas que van del objeto al sujeto, transmisiones nerviosas del sentido al cerebro, producción de los pensamientos en el cerebro (siendo los pensamientos una actividad puramente nerviosa), y finalmente órdenes que del cerebro,

por reacción nerviosa, van a los centros activos de nuestro organismo. La capacidad de la memoria y el hábito, que no escapan a este esquema, le permiten al hombre la vida llamada intelectual y volitiva. Los problemas que no se pueden resolver con una experiencia inmediata, como los de la religión, la inmortalidad personal, etc., son extracientíficos, y por lo tanto fuera del alcance de la filosofía.

4) *Valor del individuo*: Es natural que en el orden moral no puedan existir para Russell principios absolutos determinados. Un relativismo va a dirigir nuestra conducta moral. En cambio ha insistido especialmente en estos últimos años sobre el valor de la persona humana y su dignidad frente a la sociedad. Ya desde su visita a Rusia en 1920 ha sido un anticomunista decidido; durante la última guerra mundial defendió ardientemente la causa de las democracias contra los países totalitarios, y los derechos inalienables de la persona humana. Dentro de la dura experiencia que el totalitarismo trajo a Europa, y de la psicología inquieta y libre de Russell, se orquestaba muy bien el tema de la libertad del individuo, de su conciencia y de su razón frente a las opresiones del Estado y aun a toda autoridad, incluso la religiosa. Por eso hemos dicho que el título de defensor de la libertad de pensamiento con que se le ha otorgado el Premio Nóbel de filosofía le conviene sin reservas.

### III. *Valoración*

Una mirada de conjunto sobre la marcha de su pensamiento y las principales conclusiones a que llega la filosofía de Russell, nos permite apreciar cuál es su concepción del hombre, y el puesto que a éste le asigna en el universo.

En primer lugar hay que poner en el balance positivo su vuelta hacia una filosofía realista y hacia una valoración de la naturaleza en cuanto a tal. Las leyes físicas están prácticamente presentes en la filosofía de Russell. Es cierto que pierden su absoluta estabilidad. Pero continúan rigiendo la actividad de los seres y del hombre en una forma estable y de acuerdo a la naturaleza de cada ser. Aunque los conceptos clásicos de sustancia y de materia queden en Russell profundamente transformados, hasta perder la consistencia que la filosofía tradicional les ha ido concediendo, sin embargo quedan como ciertos permanentes puntos de apoyo, si no en su formulación explícita, por lo menos en las exigencias de los fenómenos que Russell describe. Reducirlo todo a acontecimientos y admitir que estos acontecimientos se rigen por ciertas leyes, como lo hace Russell, está exigiendo un sujeto de esos acontecimientos, llámesele como se quiera: sustancia, materia, espíritu, rea-

lidad neutra. A no ser que supongamos que todos los acontecimientos son acontecimientos de nada, lo cual resulta perfectamente ininteligible.

Pero la *falla fundamental* de esta reducción de todo a un elemento neutro, es la concepción que ella implica del hombre y de su posición en el universo. Efectivamente, si el hombre queda fundamentalmente asimilado al mundo llamado material, si de tal manera está reducido al orden de las cosas y de la naturaleza física que no le queda un principio que lo eleve sobre ese mundo físico, en tal caso la esencia y el destino del hombre, lo mismo que su posición en el universo, no tiene un sentido diferente del de los seres llamados materiales, o del de los animales irracionales. El hombre queda perdido dentro de la naturaleza material y temporal, con el mismo destino de ella, sin trascendencia sobre el espacio y el tiempo. Lo que de allí se deduce es fácil concebirlo: nacemos y estamos destinados a perderlo totalmente en la muerte después de una lucha fatal, más o menos afortunada o desgraciada, que es nuestra vida. ¿De qué vale todo el esfuerzo de la humanidad, todas sus luchas y todos sus sufrimientos? ¿A dónde tiende todo esto? Cada uno puede preguntarse: ¿debo vivir sacrificándome a veces hasta lo increíble? ¿Debo inhibir mis tendencias, mis deseos individuales, mis aspiraciones, para que todo esto quede después reducido a la nada? ¿Qué sentido tiene mi actividad, o mi sacrificio por el progreso y el bienestar mío o de los demás, si todo ello se reduce a un conjunto de leyes y acontecimientos de orden físico en que no hay lugar a una verdadera libertad? Mis pensamientos, mis acciones buenas o malas siguen leyes como las que rigen la combustión o las reacciones químicas, o las funciones digestivas, que son absolutamente irresponsables. El hombre queda, de esta manera, reducido a cero en lo más característico de él, el mundo de la cultura y del espíritu. Pierde todo su sentido. Y en tal caso la única filosofía posible es la despojada de todo sentido humano, cual sería el existencialismo nihilista e irracional de un Sartre.

Pero lo peor es que en esta concepción que Russell nos da del hombre no puede haber lugar para una sólida aceptación del valor de la moral o de la religión. Las leyes morales no pueden tener un carácter absoluto. La existencia de Dios personal y la inmortalidad del alma no pueden así ser probadas ante la razón. Las consecuencias que de ello se siguen nos llevan otra vez al más absoluto irracionalismo sobre el hombre. Sartre ha dicho, repitiendo una frase que Dostoiewski pone muy acertadamente en boca de uno de sus personajes ateos: "si Dios no existe, todo es permitido". Ya no hay un mundo luminoso y eterno de verdades inmutables, sino que todo se pierde en una anarquía irracional y oscura. Sobre esta base resultan imposibles —lógicamente imposibles— todos los esfuerzos de Russell para construir un mundo mejor. Sus doc-

trinas, por lo demás acertadas sobre el valor que todo individuo humano tiene, sobre la dignidad de la persona humana y la necesidad de respetar su íntimo desarrollo individual, se desploman en un sin-sentido cuando se les quita la base de un destino trascendente para el hombre, y de un Dios personal. Si Dios no existe, y el hombre no tiene un destino superior a este mundo, no hay ningún principio que el individuo pueda aducir contra el Estado cuando éste le exige el total sacrificio aun de sus ideas. Lógicamente Russell, que ha combatido tanto al totalitarismo, se encuentra enteramente desarmado frente a ese mismo totalitarismo. Lo que ocurre con Russell, como con tantos otros pensadores laicos modernos, es que están todavía viviendo —aunque no se percaten de ello— de la tradición cristiana que ha conservado nítidamente los valores esenciales del hombre. Pero al negar los fundamentos en que esa tradición se basa, de la existencia de un Dios personal, de la espiritualidad, inmortalidad y destino trascendente de cada persona humana, nos han dado una versión laica de la tradición cristiana, con lo cual le han quitado sus fundamentos, y viene todo a hundirse en el vacío; el hombre queda de esta manera totalmente indefenso y aniquilado.

A nuestro parecer, el origen de esta desenfocada concepción del hombre en Russell procede de una *deficiencia fundamental de método*. El hombre de exigencias científicas extremas, el hombre que busca la precisión matemática del experimento y del concepto, el hombre que está cuidadoso de que ninguna circunstancia externa vicie la pureza de su análisis; este hombre, que es Russell, ha olvidado, por la perspectiva materialista o positivista en que desde un principio se situó, la existencia en el hombre de fenómenos y de realidades que escapan a las medidas matemáticas o a las reacciones físicas y fisiológicas. Ese mundo real que todos vivimos, de una actividad irreductible a la pura materia y de una libertad que escapa al determinismo físico; ese conjunto de aspiraciones y de tendencias íntimas misteriosas que nos arrancan de la materia y del tiempo y nos lanzan irresistiblemente más allá del tiempo en un afán de eternidad, y más allá de lo contingente en un afán de Absoluto, toda esa realidad —que es auténtica realidad humana— ha sido reducida por Russell a cero sólo porque no era experimentable como una reacción fisiológica. Y así la filosofía de Russell aparece manca, unilateral, trunca, a causa de su método insuficiente, parcial, limitado. Desde el punto de vista experimental y filosófico, desde el punto de vista integral y humano, el método y la perspectiva de Russell son incompletos. De ahí que los resultados también sean parciales.

Y es lástima, porque no hay duda que a Russell lo anima un espíritu por otros conceptos noble y atractivo. Representa al hombre de gran inteligencia, que tiene conciencia de sí y de su valor y se sitúa

en el mundo y en la vida dispuesto a luchar por sí mismo, con independencia frente a los acontecimientos y aun frente a las exigencias muchas veces arbitrarias de la sociedad humana. No se le puede negar el afán de mejorar la condición humana y de luchar contra prejuicios que hacen la vida del hombre más difícil de lo que ella es. Pero ha ido en esto demasiado lejos y ha sido demasiado radical. La inquietud de su inteligencia y de su espíritu lo ha llevado hacia el escepticismo sobre todo el mundo espiritual, y lo ha enredado con frecuencia en juegos malabares más propios de un sofista griego que de un filósofo con preocupaciones serias. Sus resultados serían lamentables para el hombre mismo, si se aplicasen en todas sus consecuencias. Como muy bien ha dicho el P. Leonel Franca, S. I.: "no puede subsistir la dignidad del hombre donde no se adora la majestad de Dios"... "para el materialismo, cualquiera sean sus multiformes e innumerables expresiones, la existencia humana se atenúa en el vaivén efímero de una conciencia que se afirma por un instante entre dos silencios eternos. Los hombres no pasan de ser futuros muertos" (*La crisis del mundo moderno*, t. II, p. 7 y 32).